

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comitados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

El correo nos ha traído ya, y ayer en las noticias de última hora lo verían nuestros lectores, el texto del discurso pronunciado por el Rey de Prusia al abrir las Cámaras el día 5 del corriente. El rey, divorciado hace poco tiempo de las Cámaras, y que sostenía a su lado al ambicioso Bismarck odiado de los miembros del Parlamento, se presenta a abrir las Cámaras con gran confianza de que ha de hallar en ellas apoyo, y que han de ser votados los presupuestos que se habían rechazado tantas veces. Su confianza es fundada: ha visto que el espíritu del gobierno coincidía con el del Parlamento, y es posible que celebren una alianza, unidos por el último fin a que todos se dirigen.

El discurso de Guillermo de Prusia tiene el tono y autoridad que antes apenas se daba a los discursos de Napoleón. Las insinuaciones y proyectos que se traslucían al través de las palabras del Emperador de los franceses, eran interpretados en toda Europa, y se consideraban como amenazas o motivos de esperanza, lo cual no acontecía con ningún otro monarca. Hoy ya se oye con afán lo que dicta Bismarck, y no solo en Alemania, sino también en el resto de Europa son temibles sus palabras. El tono del discurso de apertura de las Cámaras prusianas debe haber hecho eco en las Tullerías, en donde es fácil que no guste la confianza que en su propio valor y en su querer tiene la vencedora nación.

Prusia dispone ya y ordena en Alemania. Ha echado la semilla, y sin pensar, ó a lo menos sin hablar de otro auxilio que el de la Providencia y el de sus armas, pronostica el engrandecimiento de la nación, é insinúa cuál será el porvenir. Esta arrogancia servirá de mortificación a los que en un principio le prestaban apoyo.

Algunos diarios italianos, de los más afectos a la causa del unitarismo, se entretienen queriendo demostrar que el reino itálico ha contribuido poderosamente al éxito obtenido por las armas prusianas. Esto aumenta la sospecha de que la no adhesión del Gobierno de Florencia a los preliminares de paz, consiste en que se está regateando el precio de los presuntos servicios prestados por los piemonteses. Según noticias recientes, parece que el señor Garibaldi es uno de los que más tenazmente se oponen, no sólo a la aceptación de las proposiciones de paz, sino aun a la prórroga de la suspensión de armas. ¿Es Garibaldi un pretexto, ó un obstáculo? El hecho es, que van a terminar los ocho días de la suspensión de armas, y que todavía no se han ajustado las bases del armisticio. Esta morosidad, según parece, desagrada mucho en París y Berlin. El conde de Bismarck, ciertamente, no ha hecho la guerra por el Rey de Italia, y a no suponer que ambos están de acuerdo en todo lo que ahora está pasando, preciso es creer que ha de irritarle en gran manera el tropezar en un escollo con que no había contado.

A los horrores de los campos de batalla de Custozza y de Sudowa siguen los horrores de la Bolsa. Los diarios dedicados exclusivamente a los intereses materiales, a los asuntos financieros, como ahora se dice, vienen diariamente llenos de noticias lamentables. El fusil de aguja no ha hecho más estragos en las filas del ejército austriaco que en las de los bolshistas; los descalabros se multiplican y las víctimas aumentan prodigiosamente. En todos tiempos se han sentido en el interior los efectos de una guerra extranjera; en todos tiempos la guerra ha causado más ó menos ruinas; pero una de las consecuencias del progreso moderno, es que los desastres alcanzan simultáneamente a todas partes. Los grandes adelantos modernos, secundando modernas teorías, han contribuido a establecer una especie de solidaridad en todos los hombres; y han introducido al mismo tiempo una especie de comunismo en las costumbres, gracias a los poderosos vínculos de los ferrocarriles y de los alambres eléctricos. Un golpe insignificante, dado en un extremo del mundo, conmueve instantáneamente al otro extremo. Hoy los efectos mercantiles y rentísticos de la guerra de Alemania é Italia se sienten en todos los mercados de Europa, la cual se estremee hasta en sus aldeas más apartadas, porque mil lazos de ambición ó de avaricia la hacen solidaria de esos mismos mercados de que antes solo dependían algunos.

Hay gentes que se pasan de admiración ante semejante espectáculo, con la boca llena de esas mágicas palabras, libertad de cambio, crédito, etc., etc. A nosotros, en vista de las terribles catástrofes que ha producido una guerra de tres semanas, sólo se nos ocurre preguntar qué sería de Europa con una guerra general que durase unos tres meses. Se nos oprime el corazón con la lectura de las lúgubres descripciones

de los campos de batalla en donde perecen ejércitos enteros, y nos angustia también el espectáculo de ese otro campo de batalla del dinero en donde yacen la fortuna, la tranquilidad y lo que es más, el honor de tantas familias. ¿Es esto el progreso?

En estos últimos días, ha aumentado la exaltación en el reino itálico con motivo de la información acerca de la derrota de Lissa. Se asegura que Persano tiene entre manos documentos más que suficientes para su justificación. Persano no quería dar la batalla; pero el ministerio le obligó a ello por no concertar un armisticio bajo la dolorosa impresión de la derrota de Custozza. Contra su voluntad se embarcaron también numerosas tropas en los buques de la escuadra, dificultando así los movimientos para el combate. Además, y esto es lo más grave, el almirante sabía que la mayor parte de las fragatas acorazadas se habían construido por una camarilla de especuladores, y que no estaban en disposición de resistir un choque enérgico. Para probar este aserto, se aduce el ejemplo de la fragata *Re d'Italia* que se abrió al primer golpe. Veremos lo que hay de verdad en todo esto; si realmente resulta la verdad de la información que va a hacerse. Entretanto, ¡con cuánta razón podemos exclamar, pobre Italia!

DESAPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 7.—En la insurrección de Haití, los rebeldes han incendiado parte de la ciudad de Gonaives, y se preparaban a hacer otro tanto con Puerto-Príncipe.

Hay dificultades para la firma del armisticio italiano, pues los garibaldinos insisten en ocupar el Tirol.

El proyecto de Congreso europeo parece también abandonado por la Rusia.

PARIS, 7.—Los fondos españoles no se han cotizado.

El 3 por 100 francés ha quedado en baja á 69. El 4 1/2 ha subido 25 céntimos, y cerrado á 98.

LONDRES, 7.—Los consolidados ingleses han quedado hoy, como ayer de 97 1/4 á 7/8.

El *Diario de los debates* ha publicado, y varios periódicos españoles han copiado, una relación novelesca é *italianísima* del combate naval de Lissa, escrita por el célebre Petruccielli de la Gattina. Nosotros, que hasta ahora nos hemos abstenido de publicarla por las graves falsedades que contiene, creemos que nuestros lectores han de verla con gusto, hoy que pueden cotejarla con el parte oficial del mismo combate que ha comunicado al Gobierno de Viena el vice-almirante Guillermo Tegethoff. Bien puede decirse que uno y otro documento constituyen la verdadera historia de la acción naval, porque la verdad, que echamos de menos en Petruccielli, hállase cumplida en Tegethoff, á quien, sin embargo falta, como es regular, la animación con que describe aquel horroroso combate Petruccielli.

Hé aquí ahora uno y otro documento:

NARRACION DE PETRUCCIELLI.

La escuadra italiana dejó el puerto de Ancona el día 16 de Julio. Carecía hasta de lo indispensable; pero el torrente de la opinión pública en Italia y en Europa, y las órdenes terminantes del ministro de Marina, la obligaron á obedecer.

Es probable que el almirante Persano participase al ministro el proyecto de ataque que meditaba contra la isla de Lissa, y es indudable también que el ministro sabía perfectamente la importancia estratégica del punto amenazado. En todo caso no se trataba más que de lanzar la escuadra contra el enemigo, arrastrándole a la alta mar.

Cualquiera que sea la importancia que se dé a la posesión de Lissa, fuerza es confesar que la idea de comenzar las operaciones por dicho punto no fué del todo feliz ni oportuna, porque la isla se encontró mejor fortificada y defendida que se esperaba.

Lissa es una isla desierta, una roca caliginosa, cubierta de musgo amarillento. El puerto de San Giorgio, situado al Noroeste, está protegido por dos sólidos fuertes; la costa por una serie de baterías y de fortines bien artillados, y la ciudad por un semicírculo de torres que la alzan en forma de anfiteatro, y entre las que descuella una fortaleza de tal elevación, que los proyectiles de la fragata *Principe Carignano* apenas le alcanzaban.

La escuadra italiana llegó delante de Lissa la mañana del 18 de Julio. Los buques de hélice, mandados por el almirante Albini, se detuvieron en la costa occidental. Este almirante, que llevaba á bordo de su división un regimiento de marina y dos compañías de artillería, debía ejecutar un desembarco cuando destruyese los fuertes la escuadra acorazada que flaba á todo vapor hacia el puerto de San Giorgio.

La mar estaba en calma, y el cielo despejado y hermoso.

A las diez y media, la vanguardia de la escuadra, formada del *Principe Carignano*, del *Ancona*, del *Castelfidardo* y del aviso *Guiseardo*, se aproximó a una distancia de mil metros de la fortaleza que se proponía demoler.

Dicha fortaleza fué la primera que rompió el

fuego; los buques italianos contestaron á él instantáneamente. Una batería terrestre de seis cañones tomó parte en el combate. A excepción de una bala que atravesó la coraza del *Carignano*, el fuego austriaco causó pocos estragos hasta la una y cuarto; pero desde entonces los fuertes rectificaron la puntería de sus cañones, y el destrozo que causaron en los buques fué horrible. Vacca, el comandante del *Principe Carignano*, despachó al *Guiseardo* para anunciar al almirante Persano que á su juicio, y toda vez que no podía hostilizar al enemigo, recibiendo por el contrario daños considerables de este, creía más útil reforzar la escuadra del almirante Albini, que intentaba en vano verificar el desembarco. A las tres y media de la tarde el almirante Albini rehusó el auxilio de los buques acorazados, á pretexto de que esperaba órdenes del almirante en jefe, con vista de la resistencia que hallaba en la parte de tierra. Entonces los tres buques de Vacca se incorporaron a la división del comandante Riboltz, que en el puerto de San Giorgio batía en brecha las fortificaciones.

Era un espectáculo terrible. Las sinuosidades de la costa, erizadas de baterías cubiertas y descubiertas, parecían un volcán en erupción completa; ocho buques italianos, girando sin cesar, destruían con el fuego de sus andanadas dos fortalezas y la torre en que funcionaba el telégrafo. A las tres y media las murallas estaban desmanteladas, los soldados de la guarnición en fuga, y el fuerte del telégrafo reducido á tirar de vez en cuando alguno que otro cañonazo.

A las siete de la tarde, el sol, entre enrojecidas nubes, desapareció tras las montañas de Italia, y la escuadra acorazada se reunió á la de hélice en la costa occidental de la isla. El entusiasmo era inmenso. Si el almirante hubiese ordenado el desembarco en la plaza, tanto esta como la isla hubieran sido tomadas.

El *Varese* fué á Lessina para cortar el hilo telegráfico que pone en comunicación á Lissa con Pola, y el comandante de dicha canonera supo que el almirante Tegethoff había dado orden de resistir á todo trance, porque iba él en socorro de los sitiados con toda la escuadra.

A las cinco de la mañana del 19 de Julio, la escuadra italiana estaba lista para recibir á la flota enemiga. Se envió al *Esploratore* para que viera si Tegethoff asoma por el horizonte, y habiendo vuelto este aviso á las seis sin descubrir ni una vela ni una señal de humo, manda entonces Persano al *Carignano*, al *Ancona* y al *Castelfidardo* que marchen á abrir de nuevo el fuego contra las fortificaciones de Lissa. No había perdido entretanto la noche el enemigo. Sobre las ruinas de la día anterior se levantaban baterías improvisadas, pero no menos formidables. De una y otra parte se emprendió el cañoneo con algún resultado, y se apagó el fuego de dos baterías; pero el *Ancona* queda con la popa acorralada de metralla.

Persano reemplazó la división del almirante Vacca por la escuadra de madera de Albini, que tampoco obtuvo mejor resultado en esta especie de ejercicio al blanco contra las fortalezas de la isla. Después de sostener el fuego por espacio de una hora, se retiró Albini, y á las diez se presentaron el *Principe Humberto*, el *Carlo Alberto* y el *Governolo*; á las once aparece el *Affondatore*, con tanto anhelo esperado.

Es espantoso el cañoneo de los navios y de los fuertes: nosotros usamos á la vez de los proyectiles y del combustible. A las dos y cuarenta minutos, Persano hace la señal al *Formidable* de forzar el puerto, al *Ancona* y al *Castelfidardo* de que protejan la entrada, y al *Carignano* de batir en brecha el resistente fuerte del telégrafo.

Vacca continúa disparando sobre el fuerte hasta las cuatro, á cuya hora dá la orden á las tripulaciones de colocarse en las baterías, y penetra á su vez en el puerto, al lado del *Formidable*, bajo una lluvia de granadas que recibe de un fuerte situado á 200 metros, y un vivísimo fuego de fusilería, que desde las ventanas y techados de sus casas dirigen los habitantes de la isla. El *Castelfidardo* y el *Ancona* siguen al *Carignano*; pero, á causa de la falta de espacio, que estorba los movimientos recíprocos de los buques italianos, se retiran de nuevo el *Carignano*, el *Ancona* y el *Castelfidardo*, que prolonga el fuego hasta el anochecer, hora en que también se retira.

Las pérdidas habían sido relativamente insignificantes por ambas partes; mucho ruido y poco daño, excepto el *Formidable*, que salió con el puente desecho á balazos y la coraza abollada.

Mientras, el almirante Albini, puesto á la espera en la parte posterior de la isla donde se había retirado, empezó el desembarco, después de haber hecho callar el fuego de los fuertes que el día anterior lo disputaron. Al cerrar la noche, suspende la operación y permanece atracado para continuarla al siguiente día.

Durante la noche cambia el tiempo. Se levanta un viento Nordeste, llueve á torrentes y el mar se estrella con furor en los buques italianos. Al despertar la mañana, las olas han tomado un color verdoso, chocan, cruzan y saltan con siniestra furia: el cielo se muestra sombrío, y en lontananza, á modo de largas cintas azules y negras, se divisan montañas vertiginosas de espuma. La escuadra enemiga no se deja ver.

El *Esploratore* toma entonces el rumbo adelante hacia el canal de Lesina. La noche precedente había llegado el *Stella d'Italia* con 500 bersaglieros, que Albini lanza en seguida sobre la costa. El *Montebello* desembarca una parte de la gente, mandada por su capitán Sandri. Este marcha de-

recho al fuerte del Telégrafo, y allí sorprende el borbador, fresco aún, del comandante del fuerte, anunciando el principio del desembarco y la contestación de Tegethoff, que le ordenaba sostenerse á todo trance mientras él llegaba.

El capitán Sandri se traslada inmediatamente á bordo del *Ré d'Italia* para comunicar á Persano el despacho de Tegethoff. El *Esploratore* se presenta al mismo tiempo, noticiando que el enemigo, al que la tempestad empuja por retaguardia, va á caer sobre ellos en el espacio de unos cuantos minutos.

Persano retira la orden de desembarco que acababa de dar á toda la escuadra. Se nubla su rostro de una manera extraña, apunta su anteojo hacia el Nordeste y permanece inmóvil. En el *Ré d'Italia* reina un silencio terrible. Los otros buques, que han sabido la noticia, y que están todos en tanto averiados, aguardan con ansiedad órdenes y á la par al enemigo.

A las ocho se da vista á la escuadra austriaca.

Viene á todo vapor, cuya fuerza y celeridad redoblan los buques azotados por el viento. Marcha á la cabeza una vanguardia de tres acorazados; el resto de la escuadra sigue su ruta. El conjunto de ella se compone de ocho buques de coraza, un navío y cinco fragatas de hélice, dos corbetas y 12 cañoneras, armadas cada una con seis cañones. En ninguno de los buques flota el pabellón amarillo y negro. El almirante Tegethoff no se halla á bordo del *Emperador*. La mayoría de la oficialidad la forman americanos y algunos ingleses: las tripulaciones, dálmatas, montenegrinos, albaneses y griegos. La artillería de tierra sirve las piezas.

La escuadra italiana se compone de 11 buques acorazados, el monitor *Affondatore*, de ocho fragatas de hélice y ruedas, de tres corbetas, cuatro cañoneras y ocho avisos. De los buques de coraza, dos permanecen al largo, por estar averiados. Las fragatas, las corbetas y cinco avisos se hallan con Albini, que empieza á reembarcar la gente que había saltado en tierra la víspera y por la mañana, disponiéndose á venir á tomar parte en el combate.

Persano, desde el momento que se hace cargo de la fuerza de la escuadra enemiga, llama al *Affondatore*, y saltando en una lancha con su hijo, abandona el *Ré d'Italia*. El comandante d'Amico, jefe de estado mayor, y su ayudante el capitán de Luca, suben también con él á bordo del *Affondatore*. El pabellón almirante queda, sin embargo, enarbolado sobre la desdichada fragata, que pronto va á convertirse en el blanco de los ataques de la escuadra enemiga entera. Todo el mundo se asombra de semejante conducta, que los más interpretan como un acto de desesperación, figurándose que el almirante quiere dar personalmente á la acción un ímpetu arrollador y eléctrico. ¿Tenía necesidad de ello la escuadra italiana?

En el intermedio esta capoteaba el viento, desordenado por el furor de las olas, sin recibir ni indicación siquiera respecto á la formación que había de tomar. Al fin, ella de por sí se colocó en el orden de batalla sobre una sola línea, intentando conservarse unida; pero las oleadas se interponían entre los buques, haciéndolos chocar unos contra otros. De resultas se abre la línea, y mientras varios buques quedan de frente, el resto presenta sus terribles costados.

La escuadra austriaca, por el contrario, avanza en tres líneas: las fragatas de hélice detrás de las fragatas acorazadas; estas forman asimismo la cabeza de la retaguardia. En medio de las cañoneras se encuentra el *Emperador*, armado de 91 cañones, con 1,200 tiroleses á bordo, demás de su gente.

El *Affondatore* vira de bordo; diríase que medita la empresa de destruir de una acometida ó echar á pique algún formidable adversario. Nos hemos equivocado. Se mueve para hacer señales.

El *Principe de Carignano* se lanza delante, el *Ré d'Italia* está á la derecha, el *Ré di Portogallo* á la izquierda, el *Palestro* y el *Ancona* detrás.

Los ocho buques acorazados austriacos, que iban á romper contra la escuadra italiana, se detienen de repente, y luego retroceden.

La tempestad cobra mayor aliento; rotas las olas por el voluminoso choque con ambas escuadras, se escapan huyendo por bajo de las quillas de los buques.

Los de coraza austriacos, que habían retrocedido para arrancar con mayor ímpetu, se lanzan de un golpe y caen sobre las tres fragatas italianas que se hallan á la cabeza del ataque. Su objeto era pasar por encima del cuerpo de vanguardia, y dividir la línea de batalla que la seguía. El encuentro es contrarrestado. Por consecuencia de él, el *Ré d'Italia* se vé enfrente de tres fragatas acorazadas, el *Carignano* de dos, y el *Ré di Portogallo* de las tres restantes.

Imposible es describir lo que sucedió durante un cuarto de hora, en medio de aquel verdadero caos de humo, de llamas y de truenos. La voz humana ensordecía. No se oían los gritos de mando, y cada cual obraba con arreglo á su instinto. Aquello fué una granizada de balas, de granadas, de metralla, de trozos de madera, de astillas de metal, de miembros humanos y de cadáveres.

El *Ré d'Italia*, que habría debido tener 40 cañones, entre ellos 2 de Armstrong, y 600 hombres de tripulación, no poseía ninguno de estos medios de defensa. Recibió dos terribles balazos en el timón, y en el momento fué atacado á popa, á proa, á babor y á estribor.

Envuelto en una espesa nube de proyectiles, recibió un choque en la popa que le privó de dar

dirección al buque; á pesar de todo, esquivó en lo posible la embestida de babor; pero no pudo evitar la de proa. Abrióse de repente, y las olas lo sepultaron en su seno. Antes de esto, un oficial, el marqués de Gualtino, temiendo que el enemigo abatiese el pabellón italiano, se aproximó á la bandera y rodeó á su cintura la cuerda que sirve para enarbolarlo y arriarlo. El navio zozobró á izquierda y derecha, describió un semi-círculo y desapareció para siempre. El agua que rebotó del fondo de la cala arrojó al aire una parte de la tripulación: 175 hombres y 12 oficiales fueron recogidos por el *Victorio-Emmanuel*.

Un abismo inmenso se abrió en el mar, donde por un instante se hundieron la *Maria Pia* y el *San Martino*. Pero pronto volvieron á flote y se encontraron frente á los buques austriacos, que habían echado á pique al *Ré d'Italia*. El combate se empujó de nuevo. El *Principe de Carignano*, auxiliado á tiempo por el *Ancona*, salió, aunque muy maltratado, de la línea de batalla, evitando el ataque de las fragatas austriacas que se precipitaron sobre él, y que fueron á arrojarle con brío sobre el *Palestro*.

El *Kaiser* (Emperador) entró en lucha y se dirigió al *Ré di Portogallo*, cuando ya el *Affondatore* le había disparado dos balazos que le rompieron dos mástiles y la chimenea de la máquina.

El *Kaiser* tenía una fuerza de 900 caballos. El *Affondatore* marchó sobre él á todo vapor; de repente se para, vira á la izquierda, y á consecuencia de esta bordada ambos buques se hallaron frente á frente del *Ré di Portogallo*, mandado por Ribotti, de quien fueron los honores de la jornada de Lissa. Por medio de hábiles maniobras este buque pudo evadirse de las embestidas de los acorazados, que le acometieron por todas partes. El *Castelfidardo* y el *Ancona* volaron á su socorro para distraer al enemigo, mientras el *San Martino* y la *Maria Pia* se lanzaron al centro de la línea austriaca y echaron á pique una fragata y una corbeta con sus quinientos hombres de tripulación.

El *Kaiser* largó sus andanadas, cuyas balas de acero enfilaban muy alto y causaban poco daño. El *Ré di Portogallo* se aproximó entonces y descargó su batería de 11 cañones, algunos de ellos con granadas, después viró á la izquierda, fué adelante, y casi rozándose con uno de los costados de aquel monstruo marítimo, le abrió una brecha enorme. Oyóse un rechinar metálico, un estallido terrible, acompañado de gritos espantosos, y el *Kaiser* fué á reunirse con el *Ré d'Italia*.

El almirante Tegethoff ha negado este desastre. La escuadra italiana no pudo, sin embargo, regocijarse por este triunfo parcial, porque en aquellos momentos se verificaba la catástrofe del *Palestro*, que parecía devorado por las llamas.

Su capitán, Capellini, era toscano, de un carácter melancólico y nervioso, pero entusiasta. Dió orden de inundar la Santa Bárbara y maniobrar para extinguir el fuego, después de trasladar los heridos, para entrar desde luego en batalla. El *Governolo* y la *Independencia* lo habían remolcado á lo largo. Cuando Capellini se convenció de que las bombas no podían extinguir el incendio, reunió á la tripulación y la dijo: «El que quiera salvar la vida, puede ir á bordo del *Governolo*; yo no abandono mi buque.» Nadie respondió, nadie pronunció una palabra siquiera. Capellini, enternecido, estrechó entre sus brazos á los marineros, y mandó izar todos los pabellones y gallardetes.

La cañonera se empavesó como para concurrir á una gran fiesta. El fuego llegó poco después á las granadas del depósito, y todas fueron lanzadas al aire por la explosión, al grito de viva Italia! Quince hombres y un subteniente se salvaron solamente del abismo que devoró á sus compañeros. ¿Cómo? Ellos mismos no lo saben. Lanzados al aire, y al caer al agua, la tripulación de la *Stella d'Italia* los recogió de entre las olas.

Es difícil conocer todos los actos de heroísmo de tan encarnizado combate. Cada buque tuvo su poema. A semejanza de lo ocurrido en Custozza, faltó la unidad en el mando. El combate de Lissa ha sido una serie de duelos individuales, heroicos, pero no una verdadera batalla.

A las dos de la tarde, todo había concluido. A aquella hora llegaba la escuadra del almirante Albini, para tomar parte en la pelea. Era ya tarde. Persiguió, sin embargo, á Tegethoff, que fué á echar el ancla en Lissa y en el canal de Lesina, al abrigo de las baterías y de los fuertes.

La escuadra acorazada italiana permaneció en las aguas del combate, á ocho millas de Lissa, y á la mañana siguiente envió á Ancona los buques más destruidos.

Las pérdidas de los italianos son inmensas. Dos buques fueron echados á pique, 43 oficiales y 700 hombres perdieron la vida, y fueron heridos 5 oficiales y 150 soldados de mar y tierra. Las pérdidas de los austriacos deben ser también grandes, si se atiende á que sólo el *Kaiser* tenía á su bordo 900 hombres y 1,200 tiroleses de desembarco. Además de dicho buque, Austria ha perdido una fragata, una corbeta de hélice y dos ó tres lanchas cañoneras.

El aspecto que presentaba la mar á las tres y media de la tarde era horrible. La tempestad del cielo se había desencadenado; espesas y negras nubes, con un ligero tinte encarnado, chocaban unas con otras en el espacio; las olas corrían como exhalaciones, arrastrando en sus crestas enfurecidas á los cadáveres, á los heridos y á los naufragos que, asidos con violencia á los mástiles destruidos, iban á estrellarse y á perder la vida en

los costados de los barcos. Algunos de estos eran presa de las llamas. El *Príncipe Humberto* y los avisos corrían en todas direcciones para salvar víctimas de los brazos de la muerte. En la escuadra italiana empavesada se oía tocar el himno nacional de Saboya. El *Affondatore* vogaba incesantemente, con objeto de salvar á los que vivían aún. La noche cubrió al fin con su oscuro manto aquel cuadro asolador de tristeza, desolación y de muerte. —*Petrucelli de la Gattina.*

Parte oficial del vice-almirante austriaco.

RADA DE FASANA, 25 de Julio de 1866.—Tengo la honra de dirigir á V. E. el parte oficial de la batalla de Lissa, dada el 20 de Julio último, sin perjuicio de remitir el parte detallado luego que reciba los informes particulares de cada buque.

Telegramas recibidos el 19 de Julio del comandante general de Zara, que me anunciaba el continuo bombardeo de la isla de Lissa por la escuadra sarda, me convencieron de que el enemigo trataba de destruir la base de mis operaciones y apoderarse de dicha isla para obrar con toda libertad en la parte Norte del Adriático.

En su consecuencia, hice salir á la escuadra de mi mando con rumbo á la isla de Lissa. El 20 de Julio á las siete de la mañana los vigías me anunciaron que teníamos á la vista muchos buques de vapor, pero de improviso una ráfaga de lluvia que cayó del Sudoeste los ocultó á nuestras miradas.

La mar estaba tan oleosa, que los buques acorazados de segunda clase y la fragata *Salamandra* tuvieron precisión de cerrar las escotillas. Al acercarnos á Lissa saltó brisa de Norte á Oeste, la mar se apaciguó, y á las diez el cielo estaba despejado por completo.

En seguida divisamos en las costas al enemigo dividido en dos grupos que, según parecía, trataban de unirse. Según las declaraciones de los prisioneros, las fragatas sardas no acorazadas se hallaban entonces en Comisa para reembarcar tropas, porque el almirante enemigo tuvo la intención de atacar á Lissa de un modo formidable, haciendo un desembarco en Porto Manico mientras la escuadra atacaba las fortificaciones.

El almirante Persano supo con tiempo mi salida de Fasana por un telegrama transmitido desde la costa de Istria á Brindisi, y desde este último punto á Lissa por un vapor que navegó con la celeridad posible.

En poco tiempo la escuadra enemiga se desplegó hacia el NNO, teniendo á la cabeza su poderosa división acorazada.

Pronto nos echamos sobre el enemigo, y sólo tuve tiempo de hacer á la escuadrilla la señal convenida de antemano: *La batalla debe ser la victoria de Lissa.* Me apresuré á tomar las disposiciones necesarias.

El orden de batalla de la escuadra austriaca era el siguiente: Los buques, divididos según su clase, formaban tres divisiones, á saber: la división de los buques acorazados, la de los buques de alto bordo, y la de los buques ligeros. Estas divisiones, con los acorazados á la cabeza, estaban escalonadas en forma de ángulo saliente. Sin pérdida de momento arreglé las distancias, señalé á cada buque sus movimientos respectivos, y mandé aumentar la celeridad. La orden que di á la división acorazada fué la de *lanzarse sobre el enemigo y echarlo á pique.* La línea enemiga comenzó á bordear frente á nosotros, y el navio de vanguardia *Príncipe Carignano*, que montaba el contralmirante Vacca, fué el primero que rompió el fuego, pero sin gran efecto, luego que respondió inmediatamente los buques austriacos más próximos al *Carignano*.

Pronto pudimos romper la línea de los buques sardos, y el combate se empeñó en diversos puntos á la vez. Los buques acorazados del enemigo, colocados detrás, y en el mismo sitio en que se rompió la línea sarda, filaron hacia el Norte, amenazando con este movimiento á nuestros buques de madera. Entonces hice que nuestros acorazados virasen también hacia el Norte para separar á los enemigos de igual clase del grueso de la escuadra, por medio de un fuego cruzado y no interrumpido.

Las divisiones ordinarias se abrieron paso por entre los buques de coraza italianos, y nuestras fragatas y nuestras cañoneras tuvieron muchas ocasiones de medir sus fuerzas con las del enemigo.

El navio de línea *Kaiser* (Emperador), con el pabellon del comandante de la segunda división, comodoro Petz, se vió rodeado por cuatro buques italianos acorazados. El comodoro, sin vacilar, embistió á uno de ellos por el costado, sin dejar por eso de hostilizar á los demás con terribles andanadas, que pusieron á prueba el valor y la habilidad de los hombres que tripulaban á dicho navio. En el momento mismo de entrar al abordaje rompió el palo del foque, y la chimenea de la máquina al caer también sobre cubierta causó gran destrozo en la obra muerta del *Kaiser*, pero sin herir á ninguno de los marinos que estaban en el puente. El mástil roto cubría con su cordaje la chimenea, y amenazaba un terrible incendio. Gracias al valor heroico de la tripulación, pudo el comodoro hacer camino al *Kaiser* y á toda la división por entre las fuerzas superiores del enemigo. El combate se hizo general, y tan encarnizado, que era imposible conocer el aspecto de la batalla. En medio del humo y del fuego chocaban los buques entre sí, á pesar de haber izado cada uno el pabellon de honor, sin saber á veces á quién atacar en aquella confusión. Por fortuna, los acorazados sardos estaban todos pintados de color gris.

La división sarda fué la única que conservó algún orden delante de la costa de Lissa, largando de vez en cuando sus andanadas á los buques imperiales que desfilaban ante ella. En la persecución general que emprendimos el comandante de mi navio almirante, Max de Sterneck, alcanzó en media hora con sin igual bravura á tres buques acorazados enemigos que sufrieron graves averías. Apoderóse del pabellon de uno, y otro, el *Ré d'Italia*, uno de los mejores buques de la escuadra, fué echado á pique, sumergiéndose en el abismo con los 600 hombres de su tripulación. Por desgracia no pudimos salvar á los infelices que sobrenadaban en la superficie de las aguas, porque, atacados por todas partes, tuvimos necesidad de atender á nuestra seguridad propia.

Durante esta lucha se incendió un buque sardo

acorazado que, á pesar de mis propósitos, se salvó, auxiliado por la escuadra sarda, porque pudo hacer todavía uso de su máquina.

Después de cambiar algunos cañonazos, la escuadra sarda viró de bordo en dirección del Oeste, y el combate terminó á las dos y media de la tarde.

Mi objeto estaba conseguido, y levantado el bloqueo de Lissa.

A las dos y media vimos saltar y desaparecer en las aguas el buque acorazado que se incendió en la escuadra enemiga, y que debe ser el *Paletro* ó el *Príncipe Carignano*, según los informes contradictorios que dan los prisioneros. En todo caso era un buque de diez ó doce cañones.

Renuncié á una persecución que no hubiera tenido resultados, y di rumbo al puerto de San Giorgio en Lissa, porque me era imposible alcanzar á la escuadra italiana, y no quise arriesgar un combate naval durante la noche, toda vez que Lissa no ofrece recursos de ninguna especie para reparar las averías que hubiéramos podido tener. Por el contrario, anclando en el puerto, hicimos las pequeñas reparaciones más urgentes, y pusimos la escuadra en disposición de luchar de nuevo si el enemigo al día siguiente hubiese intentado renovar el ataque.

Las reparaciones se hicieron con toda perfección no sólo en el *Kaiser* sino en el Archiduque *Fernando Max* y en la fragata *Schwarzenberg*; los heridos de gravedad se desembarcaron y fueron conducidos á Zara y á Spalatro por el vapor *Venezia*. Los muertos fueron enterrados con los honores debidos á militares valientes.

Los buques exploradores, ó sean la cañonera *Dalmat* y el vapor *Isabel*, recorrieron los mares día y noche para salvar á los hombres que hubieran sobrevivido á la explosión del *Paletro* y á la pérdida del *Ré d'Italia*.

La tarde del mismo día en que se dió la batalla, se veía aún la escuadra enemiga hacia Monte-Humm, pero desapareció de nuestra vista á la mañana siguiente, y persuadido de que el enemigo no intentaba un nuevo ataque contra Lissa, y terminadas las reparaciones del *Kaiser*, me hice á la mar á las siete de la tarde del 21 de Julio para ocupar mi primitiva posición en la rada de Fasana, que debe servirme de base en mis operaciones.

La fuerza del enemigo en el primer encuentro consistía en 12 buques acorazados, tres ligeros de coraza, ocho fragatas de madera, seis vapores y tres trasportes, que componen un total de 52 buques.

El armamento de los enemigos se componía, según los informes de los prisioneros, y á juzgar por los proyectiles arrojados sobre Lissa y sobre nuestros buques, de piezas de grueso calibre de construcción moderna. Se han encontrado proyectiles de 80 á 500 libras, y se me asegura que el *Affondatore* tenía á su bordo piezas de 600.

Apénas terminó la batalla creí de mi deber dar gracias á la tripulación, sin distinción de grados ni categorías; porque todos han rivalizado en valor, en calma y en una animosa perseverancia que no pueden dejar de reconocer hasta nuestros enemigos.

La conducta de las tripulaciones es tanto más digna de elogio, cuanto que los buques se han armado hace poco tiempo, y en alguno de ellos ha mediado solo un intervalo de tres semanas entre el armamento y la batalla. Es preciso, además, tener en cuenta que al emprender el combate sabían las tripulaciones que iban á medir sus fuerzas con un enemigo superior; y por último, que la fuerza moral y la habilidad de los marinos es lo que puede únicamente contrarrestar la superioridad referida. — *Guillermo Tegelhoff*, vice-almirante.

Escriben de Florencia que las bases de la paz fueron discutidas y aprobadas en el Consejo que se celebró el domingo 28 de Julio en Ferrara, bajo la presidencia del Rey, y al que asistían el barón Ricasoli, el general Lamarmora, el general Cialdini, el general Menabrea y los ministros de la Guerra y de Marina.

Tratábase de decidir si debería continuarse la guerra ó deberían ser aceptadas las condiciones de paz que Francia y Prusia estaban dispuestas á apoyar. Prevaleció este último partido, pero no sin lucha. El general Cialdini se pronunció por la guerra á todo trance, y tales cosas dijo acerca de la situación militar de Austria, que estuvo á punto de ganarse la mayoría, sobre todo al Rey, que siempre se ha inclinado por la continuación de la guerra.

El barón Ricasoli observó también el inconveniente que había para un Estado recientemente formado en aislarse con Europa, tomando la responsabilidad de la continuación de una guerra cuyo término quería todo el mundo. El general Cialdini replicó que, si volviera á principiar la guerra inmediatamente, quedaría terminada á los ocho días, en vez de que si se aceptaba una paz que no diese plena satisfacción á la Italia habría necesidad de emprender de nuevo la lucha dentro de algunos años.

Esta objeción pareció hacer fuerza al barón Ricasoli, que respondió que comprendía muy bien la imposibilidad de concluir la paz sin que la Italia obtuviese sus fronteras naturales; pero que este argumento había sido ya objeto de importantes comunicaciones con la Francia, que, como mediadora, podía hacer oír su voz mejor que las Potencias interesadas, á fin de evitar un arreglo que dejara subsistentes los gérmenes de una guerra próxima.

Añade la correspondencia que si el general Lamarmora hubiese sido más hábil en la estipulación de su tratado con la Prusia, habría exigido que los dos naciones no pudieran hacer la paz, si no iban reivindicados por la Italia, el Véneto y el Tyrol; pero el antiguo primer ministro no habló mas que del Véneto, y Mr. de Bismark quiere atenerse á la letra del tratado.

Queda que arreglar otra cuestión, y es la de la cesión del Véneto. Esta cesión fué hecha el 5 de Julio incondicionalmente á la Francia. Uno de los principales obstáculos que encontraba la conclusión inmediata del armisticio, era precisamente esta cuestión de forma que lastimaba y humillaba, según dicen, el sentimiento nacional italiano. Por

otra parte, el Emperador de Austria, que no había sido vencido por los italianos, no ha querido consentir jamás en una cesión directa del Véneto al Rey Victor Manuel.

Pero no hay que apesadumbrarse por poca cosa: el *derecho público moderno* ofrece un medio de arreglarlo todo. El Véneto dispondrá de su suerte por medio del sufragio universal, emitido por supuesto con toda la libertad que pueden ofrecer miles y miles de bayonetas italianas.

Escriben de Londres, que preguntado el Gobierno inglés acerca de la reunión eventual de un Congreso europeo, había ratificado de nuevo sus disposiciones á mantener su no intervención en los asuntos continentales.

Inglaterra aceptará la invitación que se le haga, pero no se asociará en modo alguno á las demandas en pró ó en contra de la realización del proyecto.

Añádes que en Londres había llegado á saberse que el Gobierno francés no se había mostrado hasta ahora favorable á la idea de un Congreso, sino en cuanto esa idea obtuviese la adhesión unánime de las grandes Potencias.

En Londres se tiene por seguro que la Prusia combatirá el proyecto de Congreso, y que únicamente la Rusia sin haberse pronunciado definitivamente todavía, ha dado, sin embargo, su apoyo á ese proyecto, en virtud de reiteradas instancias de varios Soberanos alemanes.

Un periódico de Turin dice que la línea divisoria entre Italia y Austria se establecerá un poco más abajo de Trento, á la altura de una aldea llamada Medio lombardo, Medio alemán, *Mezzo-Lombardo, Mezzo-Tedesco*.

No creemos que esta noticia se funda en otra cosa que en el nombre del pueblo referido.

Despachos de Nueva-York, transmitidos por cable trasatlántico á los periódicos de Londres, aseguran que la Cámara de representantes de Washington había aprobado una resolución, requiriendo al presidente que pida á las autoridades canadienses que pongan en libertad á los presos de la última invasión de los fenianos, y requiriendo también que se abandonen todos los procedimientos dirigidos por los tribunales norteamericanos contra los fenianos que lograron volver á los Estados Unidos después de la última invasión del Canadá.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 8 DE AGOSTO DE 1866.

Es digno de notarse que una de las primeras medidas que ha tomado en Venecia el Gobierno de Victor Manuel, ha sido la abolición del Concordato y la supresión de las órdenes monásticas. Aunque no tuviéramos otro dato para asegurar que algo más que la unidad y la independencia ha dirigido y animado á las armas italianas, y que hay detrás de todas la alharacas de italianismo, un espíritu de impiedad y enemistad á la Iglesia, nos lo demostrarían las disposiciones con que se inaugura el Gobierno italiano en las provincias conquistadas, ó cedidas, ó por ceder.

Cuando se trataba de dar lo que llaman unidad á Italia, y había de ponerse empeño en manifestar que el único objeto de la revolución era satisfacer el anhelo de los pueblos, de los cuales se decía que aspiraban á libertarse de la tiranía de Austria, nos encontramos, por cierto sin sorpresa, con que el nuevo Gobierno atiende ante todo á arrancar del suelo de Venecia las instituciones católicas y que favorecen á la Religión. ¿Qué perjuicio puede causar á Venecia el Concordato austriaco? ¿Qué mal puede provenir á la antigua república de que exista un número mayor ó menor de conventos? Solamente esto podría tener fundamento, si pudiéramos suponer que Venecia está reñida con el Catolicismo y que mira con horror las instituciones del mismo.

La misma revolución italiana, si tuviera siquiera presente el principio que tantas veces ha proclamado de la Iglesia libre en el Estado libre, no debía suprimir el concordato austriaco en los pueblos del Véneto, porque como hecho por un Emperador católico, concedía á la Iglesia verdadera libertad. ¿Será más libre la Iglesia en Venecia al suprimirse un concordato que la concedía protección y conservación en todo el Imperio, que había abolido el *pase régio* para las bulas pontificias, que había concedido facultad á los Obispos para comunicarse directamente con el Papa y gobernar sus diócesis conforme al derecho canónico, dejándoselo completo para nombrar catedráticos en los Seminarios y dirigirlos? Claro es que no aumentará la libertad de la Iglesia, sino que desde el momento en que caiga bajo la dominación del que proclamó á la Iglesia libre en el Estado libre, principiarán las privaciones y la tiranía. Los Obispos de las diócesis correrán la suerte de los de Nápoles y de más puntos sujetos á la dominación de Victor Manuel. Las comunidades religiosas, institución aprobada y favorecida por la Iglesia, han sido ya disueltas, principiendo á sentir los primeros efectos de la libertad de la Iglesia en la libertad del Estado. La misma ventaja gozan todas las corporaciones eclesiásticas que pierden la propiedad y administración de sus legítimos bienes.

Repetimos que no podía sorprendernos esta conducta. Pero cómo se explica la prontitud, la precipitación con que Victor Manuel se ha apresurado á plantear estas reformas, aun corriendo el riesgo de agriar los ánimos de aquellos que hayan de mirar con disgusto esta persecución de la Iglesia? Acaso sea para manifestar á todos sus protectores cuales son sus ver-

vaderas intenciones y el espíritu que mueve las armas italianas, conseguir la simpatía y benevolencia de los enemigos de la Iglesia, del Clero y del Pontificado en los cuales hallará aliados naturales y sin duda entusiastas.

Imposible parece que las poblaciones del Véneto no reciban con repugnancia tales medidas contra una religión á la cual tantos beneficios debe Italia, como se los debe todo el mundo, contra una religión con cuya historia está unida la historia de las provincias del Lacio, cuyas glorias son las suyas, y que ha enaltecido el nombre italiano escogiendo sus provincias para asiento del centro de unidad, é inspirando sus poetas y artistas.

Todas las grandezas venecianas, todas las tradiciones de aquel pueblo interesante pertenecen á una época en que la religión católica era no predominante, sino única y amada y defendida con entusiasmo por los grandes hombres de Italia, y por el pueblo todo. ¿Cómo se ha de liberar á Venecia rompiendo la tradición que constituye los eslabones de la cadena que une á unas generaciones con otras? ¿Cómo se puede dar la independencia á un pueblo, manchando sus glorias, y hollando la religión de los antepasados?

Con la supresión de las órdenes monásticas y la abolición del Concordato, con la desamortización y demás medidas que ha tomado y tomará en Venecia el Gobierno italiano, no se dá á aquella provincia la independencia ni la libertad, sino que se la sujetará al carro de la revolución.

Nuestros lectores saben que para la prensa británica y para aquella parte de la francesa que sigue rindiendo culto á las ideas liberales, el triunfo de las armas prusianas no ha consistido tanto en la superioridad de su armamento y en la rapidez y acierto de las operaciones militares, como en el hecho de venir siendo Prusia desde mucho tiempo la representación del espíritu moderno en Alemania, el reflejo y asilo de todos los progresos en los diferentes «ramos del saber humano.»

Las precedentes líneas, que refieren un hecho completamente cierto y que nuestros lectores no ignoran, pertenecen á *La Epoca*. La prensa británica que cita el diario vespertino es la prensa fanáticamente protestante de Inglaterra, y en aquella parte de la francesa que sigue rindiendo culto á las ideas liberales hállase, *La Opinión Nacional*, la cual, como nuestros lectores recordarán, sostenía días pasados que el triunfo de Prusia sobre Austria era ni más ni menos que la derrota del Catolicismo por el protestantismo.

Hechas estas aclaraciones, no podría dudarse de que llamada *La Epoca*, diario *sensato* si los hay, á dar su juicio sobre el aserto de los periódicos extranjeros, se pondría, si no á favor de Austria, que fuera mucho pedir, contra los diarios protestantes al menos. Pero no ha sucedido así. El periódico que pasa por modelo de moderación, se contenta con decir que «podrá haber alguna exajeración en los motivos á que la prensa extranjera atribuye el completo cambio verificado en la situación de Alemania; pero que de cualquier modo, preciso es confesarlo, no está distante de la verdad el juicio de sus colegas.»

Pensámos dar alguna importancia á las palabras de *La Epoca*; pero desistimos de ello al leer en el mismo artículo las líneas siguientes:

«Sería preciso cerrar los ojos á la luz de la evidencia para obrar de otra manera, porque los ambiciosos planes de Bismark no habrían madurado con rapidez tan pasmosa si la nación austriaca, representada por la Dieta de Hungría y por el Parlamento germánico, contando con la mutua confianza de los pueblos y de los Soberanos de los pequeños Estados, hubiese podido realizar un levantamiento nacional y galvanizar todas las fuerzas vivas de aquella colectividad poderosa. No se hizo así, y una sola batalla ha sido suficiente para echar por tierra la existencia secular del Imperio austriaco.»

Y más adelante añade:

«Gravísimas son las noticias que desde Viena dan á la *France*. El imperio austriaco está amenazado de una completa disolución. En Austria se teme una dictadura para acallar la opinión, profundamente descontenta de la paz.»

¿En qué quedamos? ¿necesita Austria galvanizar las fuerzas vivas de su colectividad poderosa, ó sujetar con la dictadura á esa misma colectividad que á todo trance quiere salvar la honra del imperio por medio de la guerra?

El capitán general de Granada ha publicado el siguiente bando:

«D. Eduardo Fernandez San Roman, capitán general del distrito militar de Granada, etc., etc.

Hallándose resuelto á reprimir y castigar con mano fuerte cuantos delitos tengan relacion con el orden público, y en uso de las facultades extraordinarias con que estoy revestido,

ORDENO Y MANDO:

Artículo 1.º Terminado el plazo señalado por mi bando de 22 del anterior para la entrega de armas, y á reserva de otras medidas cuando las juzgue necesarias, los que de hoy en adelante sean aprehendidos con aquellas serán conducidos ante la comisión militar de la demarcación, y juzgados en consejo de guerra como reos de desobediencia á mi autoridad y auxiliares de rebelión.

Art. 2.º Serán sometidos á los mismos consejos de guerra permanentes establecidos en las provincias de este distrito militar, y castigados como auxiliares de rebelión, los acusados de los delitos siguientes:

1.º Los de homicidio y heridas causadas con cualquiera clase de armas.

2.º Los de robo con violencia en las personas, ó fuerza en las cosas.

3.º Los de incendio y otros atentados á la propiedad.

4.º Los de desobediencia ó resistencia á las órdenes ó infracción de las prohibiciones que para evitar los delitos comprendidos en los artículos anteriores y para el sostenimiento del orden público decretó durante el estado de sitio la autoridad militar respectiva.

Exijo la más estricta responsabilidad á todos los encargados del cumplimiento de estas disposiciones.

Ningun ciudadano pacífico y honrado debe abrigar el menor temor de ser molestado; ninguno inquieto, malévolo ó criminal debe contar con un minuto de seguridad.

Granada, 2 de Agosto de 1866.—Eduardo Fernandez de San Roman.

Dice *La Epoca*:

«Para el 15 de Setiembre estarán, según hemos oído, saldadas completamente las cuentas entre el Tesoro y el Banco de España.»

Dice un periódico:

«Se han expedido las instrucciones oportunas á fin de que en Octubre se hallen en Madrid los comisionados elegidos por nuestras Antillas para informar al Gobierno sobre las reformas que se meditan en nuestras posesiones de América. El Gobierno oirá sobre diversas cuestiones á estos comisionados y á los que debe elegir de entre las personas más respetables y competentes en esta materia, procediendo luego, con el concurso del Parlamento, á realizar aquellas medidas que se juzgan oportunas y convenientes.»

Se nos resiste creer las noticias que se refieren á las líneas precedentes.

Asegura un periódico que el día 15 de Agosto quedará corriente toda la línea del ferrocarril de Madrid á Córdoba, la cual se abrirá para los viajeros el 1.º de Setiembre, de modo que en doce horas, poco más ó menos, se irá desde Madrid á Córdoba. Está de más asegurar que no quedará ningún trayecto que correr en diligencia.

Una correspondencia fechada en Lima el 20 de Junio, y dirigida al *Correo de Junio* de Málaga, dice que pasaban de 400 los españoles expulsados ya del Perú, siendo tan solo 62 los que se habían nacionalizado.

Con motivo de imprudentes medidas adoptadas contra el espíritu religioso de los pueblos del Perú y de la prisión de muchos Sacerdotes, era grande en Lima la excitación contra el dictador Prado. Enterado Prado de la ovación que se preparaba á los Sacerdotes presos, retiró la orden de su libertad, produciendo esta medida indudablemente el principio de la revolución que ocasionará la caída del Gobierno dictador.

El 13 hubo conatos de sedición en dos batallones acuartelados en la capital, pidiendo Misa: el disgusto es general, y se espera en el próximo vapor el pronunciamiento de los tres importantes departamentos Arequipa, Moquegua y Cuzco, que ya están medio movidos.

Noticias postumas, recibidas por el último correo de los Estados Unidos, que alcanzan al 28 de Junio, confirman la agitación del Perú, pero nada dicen de pronunciamientos.

El general Mosquera, presidente de la República de Nueva-Granada, según noticias de Panamá del 13 de Julio, había hecho pública, en una circular á los Gobiernos de los Estados, su resolución de mantenerse completamente neutral en la guerra del Pacífico.

La *Crónica* de Nueva-York del 24 de Julio, dice lo siguiente:

«Se había por aquí de agentes del Perú que andan en tratos para comprar algunos buques con destino á Venezuela, y se dice que uno de dichos buques está á punto de echarse á la mar, y que es magnífico: añadiendo que cuando esto se verifique y el buque salga de aquí, bien armado y tripulado, Venezuela tomará parte en la guerra contra España.»

Ninguna sorpresa nos causa esta noticia, porque sabemos lo que aquí se trabaja en este y otros proyectos más ó menos absurdos, aun cuando no sean imposibles, dada la calidad de ciertas gentes. La damos, no obstante, para que la sepan los demás, y para que cada cual se aperciba á lo que en tales casos corresponde.»

Se han recibido noticias de Chile, por la vía de los Estados Unidos, que alcanzan al 17 de Junio.

Habían llegado á Valparaíso todos los buques de la escuadra aliada, juntamente con los acorazados el *Huascar* y la *Independencia*, que habían sido recibidos con gran entusiasmo y reanimado el ardor bélico de los chilenos.

Las vicisitudes que esos buques han corrido en su travesía desde Inglaterra al Pacífico se hallan extensamente referidas en la siguiente curiosa carta, escrita por el general peruano Salcedo, segundo del general Blanco Escalada, almirante de la escuadra aliada:

«SAR CARLOS, Junio 8 de 1866.—Sr. D. Cornelio Saavedra.—Lota.—Mi querido amigo.—El 23 creí escribí á Vd. desde Puerto Galante con el comandante del vapor de guerra de los Estados Unidos *Dacotah*; cuyo Sr. Tompson le recomendé á usted, pues pensó ir á Lota por carbón. Desde Punta Arenas salimos juntos el 23 con él, la *Independencia* y la *América*, que nos fué á encontrar. A las nueve y media de la noche nos franqueamos el Cabo Pilar y entramos al Pacífico con viento flojo del S. O.; pero á media noche se entabló un viento fuerte del N. O. que el 50 se convirtió en el más horrible temporal, que duró hasta el 1.º del presente, y acabado que fué permaneció el mismo contrario y fuerte viento y enorme marejada que se tragaba, al parecer, los cuatro buques, de los que el peor parado era el *Huascar* por ser el menor y el de mas pesado armamento, blindaje y enormes pisos altos, tanto que lo creyeron los mas inteligentes incapaz de cruzar el Océano, y que no andaría ocho millas.

De hecho nos separamos todos, y no pensamos

VARIEDADES.

LECCIONES SOBRE EL ARTE CRISTIANO, PRONUNCIADAS EN LA SOCIEDAD LITERARIO-CATÓLICA *La Armonía*, POR EL SÓCIO DE LA MISMA D. RAMON VINADER.

Lección primera.

Señores: Al tomar por primera vez la palabra en esta reunión literaria, en la que ha resonado la voz autorizada de algunos de nuestros respetables compañeros, que por sus elocuentes y profundas explicaciones se han hecho admirar por este curso, no desconozco las dificultades que me rodean, y el peligro que corro, ó mejor, la seguridad en que estoy de que no podré corresponder á las esperanzas que con justicia ya pueden ponerse en quien se atreve en adelante á tomar la palabra en este lugar. Teniendo sin embargo en cuenta que, por grande que sea la torpeza del que habla, puede ser mayor todavía la benignidad del que escucha, que por allá que alcance mi falta de conocimientos, más allá todavía puede llegar vues ra benevolencia, no he tenido inconveniente en encargarme de hacer algunas explicaciones, seguro de que nada nuevo puedo decir, de que no he de presentar una sola idea para vosotros desconocida; pero creyendo que resulta á veces ventaja en oír lo que uno tiene muy sabido, y que se siente siempre un placer (á lo menos de mí puedo decirlo) al contemplar en el corazón de los demás sentimientos iguales á los que animan el mío.

Confiando pues en que sois benévolo, principio la explicación de mi tema, reducido á establecer las diferencias entre el arte religioso y las religiones artísticas.

Aunque el arte tiene muchas relaciones con la Religión, no debemos sin embargo exagerar este principio hasta el punto de que nos creamos con derecho para afirmar que en los pueblos de la antigüedad apartados de la verdadera fe, y en que se había borrado casi por completo la memoria de las revelaciones divinas, que en Egipto, en la India, en Grecia y en Roma, ni en ningún pueblo se haya conocido la manifestación de la belleza por la mano del hombre, hasta los tiempos felices en que vino Jesús al mundo para la verdadera regeneración del linaje humano.

Bellezas hay que admirar en las portentosas obras de Babilonia, en sus jardines pensiles, en sus soberbios palacios, templos y estatuas; bellezas hay, y si se quiere hasta sublimidad, en las gigantescas pirámides de Egipto, en los inmensos templos obra de generaciones, en las estatuas y columnas de pórfido, recuerdos de aquel pueblo poderoso, que han sobrevivido á su gloria atravesando las edades. Mayor hermosura hay todavía en los templos y estatuas debidos al cincel de los artistas de Grecia, el pueblo más notable de la tierra por sus instintos artísticos: bellezas hay en las obras de los poetas, escultores y arquitectos de Roma, que si bien inferiores á los de Grecia, (tal vez porque tuvo el pueblo romano más arte de imitación que originalidad de genio), sin embargo, produjeron obras de mérito incalculable.

Hay, repito, en todas estas obras hermosura, hay bellezas, como las hay también en los primeros albores de un arte que, lleno de sentimiento, de fe, de entusiasmo y de inspiración, nacia entre el humo del incienso y los himnos de alabanza ofrecidos al verdadero Dios, en las entrañas de la tierra, en las catacumbas de Roma, al propio tiempo que la corrupción de costumbres y la disipación del pueblo romano ahogaban á la luz del día en la superficie de la tierra todo sentimiento delicado, y en especial el sentimiento de la belleza, que abandonaba las obras de un arte que caminaba á su decadencia. Bellezas hemos de admirar y bellezas que nos arrebatan y levantan el alma á Dios en las basílicas bizantinas; en los templos góticos de la Edad media, en los cuales el arte parecía caminar triunfante á una perfección hasta entonces desconocida de los hombres, y á la que tal vez habría llegado si no hubiese atajado sus pasos el mal llamado renacimiento, que con tan justa dureza habéis oído calificar en este lugar por elocuentes oradores, y que yo me abstendré de calificar, mas no por falta de aborrecimiento en mi corazón, sino porque creo fallaría elocuencia en mis labios para execrar como se merece á ese asesino del arte cristiano.

Pero este mismo renacimiento tuvo bellezas, y seríamos insensatos si negáramos que aun hoy brotan á raudales de la hábil mano de muchos artistas.

Pero, pregunto yo; entre tantas bellezas de tan distinto género, entre esas magníficas obras de arte, ¿no hay ningún ramillete de flores bellísimas pero inodoras? ¿no hay ninguna fruta como aquella del Paraíso que era hermosa á la vista, agradable al paladar (*aspectu delectabile, ad escendum suave*) pero que entraban en sí la perdición del linaje humano? ¿Hay obras de arte que contribuyen a apartar de la verdad al artista y que hayan apartado de la verdad á las naciones?

Para examinar este punto y huir de toda exageración en esta materia, quiero sentar desde un principio que la belleza en sí es un bien, una perfección, una excelencia, y que por consiguiente debe derivar del que es origen y fuente de toda excelencia y toda perfección.

De que la belleza es un bien, nos convence el admirable orden de la naturaleza, y la multitud de hermosuras que con mano pródiga se ha servido esparcir en ella la mano bienhechora de la Providencia, bellezas que son un reflejo de las perfecciones de Dios, y ofrecen un perenne testimonio del poder divino que las ha sacado de la nada, de la sabiduría sin límites que las ha dado forma acomodada del amor que se ha complacido en dirigir las á sus fines. ¿Qué mayor hermosura que la de los suaves colores de la aurora; qué belleza mayor que la noche tachonada de estrellas! Preciso es decir al contemplar estas obras del criador, al divisar con las miradas del espíritu nuevos soles y mundos mayores que el nuestro que escapan á la mas atrevida imaginación, *celi enarrant gloriam Dei et opera manuum eius enuntiant firmitatem*.

Y si bajando los ojos del cielo los fijamos en esta tierra en que vivimos, á pesar de las infinitas hermosuras que se escapan á nuestra débil vista y están ocultas en el seno de ella, hemos de reconocer también la mano de una providencia, de un Dios que es todo hermosura. Las amenas campi-

nas en la mañana de un día sereno, las variadas formas de los montes y colinas, el trinar de las aves, el rumor de las aguas, enamoran el espíritu, y como dice nuestro inimitable León, parece que levantan el alma á pensamientos divinos.

Digo esto, señores, para que se vea que lejos de creer peligrosa la belleza, la creo esencialmente buena, y me veo precisado á darla un origen divino y á reconocerla en todas las obras de la creación. Sentado esto, veamos de qué manera se realiza en las obras de arte, y cómo brilla en las obras humanas.

El hombre rodeado de una naturaleza espléndida y bella, ántes tal vez de que se acuerde de que puede aprovecharse de ella para satisfacer sus necesidades, ántes de examinar sus partes y las relaciones que los objetos tienen entre sí y con el todo; en una palabra, ántes de formar la ciencia, se enamora de los objetos que le rodean, siente un placer en contemplarlos y los encuentra bellos. Ser activo, dotado de razón para discurrir, de memoria para recordar los objetos bellos, de imaginación para combinarlos, de gusto para elegir lo más bello de cada uno, de libertad en fin y de facultades para expresar sus combinaciones animadas por el sentimiento, se empeña en reproducir aquellas bellezas; pero viendo que no consigue hacerlo con sus débiles fuerzas, que los medios toscos de que puede valerse no le permiten copiar las hermosuras naturales con igual grandeza, se esfuerza en buscar la parte más bella de cada uno de los objetos bellos y forma el bello ideal que trata de expresar en sus obras.

Permítidme que con palabras de un poeta, tal vez no muy conformes con el tono general de estas explicaciones, exprese esta idea. Son del señor Martínez de la Rosa que en su arte poética dice:

Así diestro pintor no copia á Cintia la hija más bella de su patrio suelo al retratar la hermosa Citerá. De una y otra beldad forma en su mente de la alma diosa el ideal modelo ya su ingenio divino y á Jove ni á las Gracias debe Venus su airoso tallo y rostro peregrino.

Estos objetos grandiosos del arte que tienen belleza y son la expresión del sentimiento de un verdadero artista, bien hayan sido inspirados bajo el cielo purísimo de Grecia, bien hayan nacido en la opulenta Roma, ora sean realización de las fábulas mitológicas, bien sean la expresión delicada y pura de los sentimientos cristianos, nos causan un placer, nos hacen sentir una impresión deleitosa, pura y desinteresada, á que damos el nombre de sentimiento de lo bello. Para hacer participar á los demás de la misma impresión, no bastan explicaciones, y si solo colocarles ante el objeto bello.

Pero ya que sea la belleza una impresión deleitosa, pura y desinteresada, ¿será impresión deleitosa, sin mezcla de deleite bajo, será pura hasta el extremo de purificar las almas, será desinteresada de tal suerte que sea imposible que se valga de ella con interés mezquino el error para su propagación, el vicio para corromper las sociedades? Debemos confesar lo que dice un escritor francés, no despreciable, que el arte siempre levanta y todo lo que levanta conduce á Dios.

Para juzgar con exactitud estos puntos, debemos hacer diferencia entre dos clases de belleza, una objetiva y otra subjetiva. Entiendo por belleza objetiva la que tienen los objetos en sí mismos, independientemente de la opinión que de ellos podamos formar nosotros. Belleza subjetiva es la que tiene un objeto con relación á nosotros, es decir, porque lo creamos tal, sólo ó no en sí. Es la belleza que encuentran los chinos en los adornos del hombre y de la mujer, que para nosotros serían detestables: la que encontramos nosotros en adornos que pareceran feos á nuestros hijos, y encontramos nuestros padres en cosas que tiene por deformes nuestra oad.

La belleza verdadera es solo la objetiva. La hay en aquellos objetos que están conformes con la naturaleza humana y con el fin del hombre; en aquellos objetos á cuya presencia deben descansar y quedar complacidas todas las facultades humanas, la inteligencia, la fantasía y el sentimiento. Si el hombre solo tuviese imaginación, se comprende que fuera conforme á su naturaleza todo objeto que representase una imagen agradable; pero el hombre es un ser inteligente, y la inteligencia no se satisface con imágenes, si estas no son representación de la verdad, que es su único alimento, motivo por el cual decía Platón que lo bello es el resplandor de lo verdadero.

No se oponen estas cualidades, ni están en lucha la fantasía y la inteligencia; ántes al contrario, es aquella una ayuda grande para esta, y necesaria para comprender muchas verdades que claramente no puede ver nuestro espíritu hasta que, libre de las ligaduras de la carne, goce de Dios. Así vemos que el divino maestro nos explicó con bellas parábolas y con formas sensibles las grandes verdades salvadoras del mundo y de las almas. Así la Iglesia se vale de representaciones de la pintura y escultura; de santos templos, de formas sacramentales que velan bajo una forma sensible verdades y efectos que no podría comprender nuestra débil inteligencia.

Aun no basta para ser bello que el objeto satisfaga nuestra inteligencia y fantasía; no basta que lo bello sea verdadero, es preciso también que sea bueno, es decir, que satisfaga también nuestra sensibilidad.

Lo bello debe ser verdadero y bueno. Discutamos ahora: Cuando juzgamos que hay belleza, ¿estamos autorizados para decir que hay verdad y hay bondad? Si esto hiciéramos, caeríamos en el error de los utilitarios, que dicen: «esto es útil, luego es justo», debiendo más bien decir: «esto es justo, probablemente, ó sin probablemente, esto es justo, luego es útil, aunque no lo conozcamos la utilidad».

Si creyéramos la belleza única causa del amor, único móvil legítimo de la voluntad, y por consiguiente, única causa de la moralidad de las acciones, nos veríamos arrastrados á vicios y enormes deformidades. Figúrase que una inteligencia superior á la nuestra comprendiera todos los arcanos de la naturaleza, el mundo físico, el moral, el intelectual, las relaciones de unos seres con otros, sus relaciones con el conjunto. Es indudable que cualquier desorden en el mundo físico, cualquier vicio en el mundo moral, cualquier error en el

mundo intelectual, causarían un dolor grande á esta inteligencia privilegiada. Los juzgaría una deformidad, una fealdad, una falta de belleza. Pero esta opinión ó juicio de la inteligencia superior que suponemos ¿sería la causa del bien, del orden y de la verdad? No: estos existirían independientemente de su opinión, lo cual prueba que jamás la belleza es la causa del bien y de la verdad, sino su resultado.

(Se continuará.)

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Ciriaco y compañeros mártires.

SANTO DE MAÑANA. San Roman, mártir.—Vigilia.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de San Lorenzo, donde por la mañana habrá Misa cantada y sermón y por la tarde vísperas del Santo Titular y reserva.

En la parroquial de San Justo continúa la novena de la Virgen y gloriosa mártir Santa Filomena: predicando en la Misa mayor y en los ejercicios de la tarde D. Castor Compañía.

Ayer dió principio en las monjas de San Plácido la novena que anualmente se consagra al glorioso San Roque, predicando por la tarde, alternando, D. Basilio Sanchez Grande y D. Ambrosio de los Infantes.

En la iglesia de San Isidro continúa la devota novena que anualmente se consagra á Nuestra Señora del Buen Consejo. Por la tarde al toque de oraciones se rezará la Estación y el Santo Rosario, en seguida la plática que dirá hoy D. Luis Millán, seguirá la novena terminando con los gozos, letanía y salve.

En las parroquias, San Isidro, Capilla Real y Santa Catalina de los Donados habrá Misa cantada con manifiesto para la renovación de las Sagradas Formas.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora del Rosario en Santo Tomás.

Se reza de San Justo y Pastor, mártires, con rito doble segunda clase y color encarnado, haciéndose conmemoración de la vigilia de San Roman.

LOTERIA NACIONAL.

LISTA DE LOS NÚMEROS PREMIADOS EN EL SORTEO CELEBRADO EL DÍA 7 DE AGOSTO DE 1886.

Con 60,000 escudos 9,065
Con 20,000 idem 15,070
Con 10,000 idem 6,120

Con 2,000 escudos.

9708 4556 3490 1574 44262 5107
14656 18808 22408 22457

Con 1,000 escudos.

22586 44477 515 1712 6891 25014
17154 7557 20492 19857 3572 6584
3557 6698 9281 5078 9812 14190
15055 566

Con 200 escudos.

28 55 400 103 406 107
109 134 159 167 181 199
202 225 265 280 302 309
334 359 351 395 525 528
556 546 561 635 694 765
779 801 814 818 841 876
887 925 947 948 975 981
997

4007 4017 4020 4041 4052 4087
4094 4205 4341 4352 4355 4355
4355 4415 4417 4455 4492 4507
4536 4565 4575 4582 4589 4597
4611 4624 4627 4650 4641 4650
4661 4687 4732 4728 4732 4760
4778 4784 4851 4855 4847 4850
4859 4860 4865 4901 4912

2049 2081 2085 2100 2108 2150
2142 2175 2176 2205 2206 2259
2251 2299 2348 2427 2429 2457
2484 2500 2510 2527 2584 2608
2652 2645 2659 2682 2701 2726
2800 2895 2898 2902 2954 2959
2946 2954 2955 2975 2980

3058 3072 3122 3127 3141 3175
3249 3305 3305 3341 3340 3365
3409 3427 3456 3445 3455 3474
3499 3509 3540 3554 3576 3589
3621 3656 3669 3705 3756 3774
3787 3825 3867 3948 3924 3953
3964 3976 3984

4009 4031 4070 4077 4102 4118
4119 4125 4128 4160 4169 4215
4307 4305 4357 4347 4362 4364
4460 4527 4607 4615 4646 4675
4714 4720 4758 4759 4789 4795
4807 4853 4925 4932 4975 4982
4989

5088 5097 5107 5122 5142 5168
5189 5205 5215 5225 5236 5255
5281 5309 5378 5391 5420 5423
5435 5454 5457 5518 5551 5615
5540 5646 5654 5657 5666 5672
5712 5729 5757 5759 5782 5792
5799 5819 5824 5859 5880 5912
5954

6000 6066 6078 6087 6127 6156
6175 6185 6187 6195 6269 6278
6279 6312 6325 6334 6375 6398
6399 6419 6471 6505 6509 6525
6542 6561 6598 6610 6619 6653
6664 6681 6706 6726 6765 6786
6808 6819 6880 6907 6975 6988

7010 7050 7065 7116 7155 7159
7142 7185 7204 7209 7249 7267
7272 7285 7304 7315 7317 7355
7378 7398 7455 7488 7501 7510
7529 7532 7552 7558 7575 7597
7606 7629 7647 7680 7677 7680
7714 7761 7815 7816 7820 7849
7870 7871 7895 7910 7918 7952
7966 7972 7985

8774 8784 8795 8821 8944 8965
8967 8976 8990 8996
9000 9007 9041 9059 9074 9105
9116 9167 9172 9189 9205 9229
9249 9508 9545 9555 9595 9147
9475 9482 9492 9495 9515 9551
9558 9571 9595 9609 9627 9686
9638 9704 9709 9710 9745 9795
9852 9852 9870 9885 9898 9927
9959 9955 9964 9977 9986 9989

10029 10069 10085 10086 10094 10098
10110 10148 10155 10168 10198 10205
10502 10554 10574 10425 10450 10451
10475 10511 10527 10557 10557 10578
10644 10634 10635 10726 10741 10745
10805 10814 10818 10828 10846 10868
10872 10895 10898 10921 10926 10950
10957 10946 10961 10980

11008 11019 11028 11059 11057 11062
11070 11082 11115 11194 11258 11258
11289 11527 11529 11538 11551 11580
11402 11472 11491 11497 11542 11600
11618 11661 11667 11675 11735 11775
11784 11815 11823 11879 11883 11925
11947 11956

12025 12024 12059 12075 12116 12156
12155 12166 12171 12255 12268 12274
12290 12291 12307 12388 12391 12409
12417 12454 12456 12457 12465 12484
12492 12499 12504 12512 12544 12547
12644 12667 12705 12707 12756 12763
12782 12869 12879 12891 12899 12946
12955 12997 12999

15017 15055 15407 15145 15161 15174
15206 15214 15251 15241 15259 15277
15206 15296 15511 15535 15545 15556
15566 15570 15584 15612 15644 15672
15506 15508 15517 15556 15594 15625
15648 15655 15658 15660 15685 15688
15711 15727 15728 15760 15780 15785
15835 15846 15884 15894 15895 15904
15948 15962

14092 14095 14112 14158 14202 14241
14277 14278 14284 14286 14298 14554
14556 14569 14409 14417 14445 14459
14467 14491 14545 14548 14567 14591
14608 14627 14668 14702 14708 14721
14754 14747 14750 14754 14761 14767
14778 14844 14854 14871 14872 14881
14915 14919 14932 14944 14950 14989

15007 15009 15032 15051 15054 15056
15061 15107 15127 15264 15285 15504
15512 15550 15548 15549 15566 15576
15452 15459 15484 15488 15557 15560
15578 15618 15619 15684 15727 15775
15776 15789 15795 15797 15835 15870
15904 15955

16000 16027 16071 16109 16144 16156
16157 16141 16144 16195 16250 16246
16249 16265 16289 16295 16319 16320
16351 16355 16382 16408 16410 16412
16417 16422 16456 16438 16496 16510
16514 16614 16617 16624 16658 16675
16686 16697 16701 16712 16715 16716
16721 16747 16802 16811 16874 16929
16954 16952 16955 16980

17050 17058 17065 17069 17107 17110
17152 17154 17199 17201 17235 17240
17254 17274 17355 17367 17376 17379
17407 17445 17477 17471 17578 17642
17652 17675 17682 17704 17710 17755
17755 17822 17840 17897 17898 17904
17928 17948 17959 17960 17971 17982
17995

18025 18028 18040 18066 18094 18106
18121 18157 18159 18151 18157 18169
18197 18202 18206 18339 18350 18355
18395 18407 18426 18482 18489 18494
18498 18505 18517 18532 18541 18545
18554 18567 18575 18617 18642 18680
18737 18752 18805 18845 18919 18924
18955 18942 18947

19057 19058 19046 19075 19090 19114
19153 19165 19195 19200 19212 19216
19249 19245 19345 10550 19558 19565
19371 19425 19441 19452 19457 19569
19590 19592 19596 19612 19615 19624
19650 19651 19652 19670 19705 19718
19717 19732 19651 19745 19745 19788
19800 19814 19824 19828 19832 19850
19836 19861 19865 19878 19882 19900
19905 19925 19950 19951 19955 19959
19970 19977 19980 19985 19996

20005 20027 20055 20059 20071 20074
20089 20091 20107 20124 20155 20141
20144 20172 20198 20221 20235 20268
20505 20525 20558 20559 20551 20559
20569 20579 20410 20469 20489 20495
20512 20515 20524 20559 20545 20570
20625 20642 20648 20669 20670 21702
20718 20725 20745 20754 20768 20795
20801 20822 20857 20846 20857 20872
20887 20905 20917 20952 20953 20948
20974

21044 21058 21061 21084 21102 21125
21156 21167 21185 21197 21198 21199
21212 21248 21259 21267 21340 21315
21416 21518 21560 21595 21418 21424
21466 21528 21551 21550 21557 21562
21589 21616 21648 21686 21695 21698
21711 21726 21751 21755 21751 21755
21766 21781 11785 21805 21849 21850
21851 21852 21887 21899 21925 21954
21965 21970 21972 21974 21982 21988
21991

22001 22022 22051 22054 22071 22107
22114 22152 22165 22176 22182 22187
22201 22218 22251 22245 22285 22294
22295 22296 22352 22365 22384 22389
22597 22420 22425 22459 22495 22512
22558 22652 22727 22742 22744 22746
22749 22764 22769 22795 22794 22814
22838 22867 22870 22884 22908 22922
22952 22945

25020 25028 25059 25045 25055 25058
25105 25108 25121 25125 25142 25155
25195 25259 25244 25249 25267 25272
25280 25288 25291 25351 25350 25346
25358 25369 25400 25405 25500 25505
25506 25514 25522 25535 25530 25562
25564 25575 25590 25600 25628 25650
2